

En el apartamento de Torres, como en la mayor parte de los condominios, había un cierto número de tradiciones que acababan por tomar tanta importancia como, para otros, los ritos de una religión.

Así, tras vivir años y años en el mismo piso, cercano al Parque Ecuador, el comisario tenía la costumbre, cada vez que llegaba en el horario indicado, de cuchichear brevemente con la portera María Paula acerca de las últimas novedades de los vecinos. Nunca era nada relevante, ni que le interesara sobremanera, pero le servía como un medio para aligerar la mente tras largas jornadas en la brigada, rodeado de tanta tragedia, dolor e injusticia.

Sin embargo, en esta ocasión, las circunstancias fueron distintas. Pues, por un lado, estaba de baja por enfermedad, luego de resfriarse como consecuencia de las lluvias recientes, lo que le dio más tiempo para platicar con la portera, y por el otro, ella le tenía una noticia interesante, al guardar relación con una de sus amigas del inmueble: la señorita Dora Estévez.

—¿Qué hay con ella? —inquirió Torres, cejijunto, con la bolsa del supermercado aún en la mano.

—Al parecer tiene un enamorado. ¿Puede creerlo?

—¿*Un enamorado*? —repitió el comisario extrañado, apoyándose en el mesón de recepción.

—Sí, tal y como lo oyó.

—Pues, bien por ella. Luego de lo que le pasó, se merece hallar a un buen hombre.

—No sé cómo es o cómo se llama, pero deme unos días y se lo soltaré.

—De eso no tengo dudas —dijo Elías, subiéndose el cuello de su abrigo, justo cuando la mencionada vecina salía del ascensor, en dirección a las lavadoras acopladas en la parte delantera.

—¿Pasó algo, que se me quedan viendo? —interrogó ella extrañada, poniendo el canasto con ropa sucia en el suelo.

—No, nada —le mintió Torres sonriente, sacándose un pañuelo del bolsillo para limpiarse algunos mocos—. La señora María Paula simplemente me estaba comentando un par de burradas.

—¿Ha visto a su enamorado? —preguntó ella de modo juguetón.

Dora resopló.

—Aaaah. Con que era eso.

Y acto seguido, en vez de poner un rostro indiferente, articuló una amplia sonrisa cómplice con doña María.

—Pues, fíjese que sí —dijo con seriedad—. Ha dado sus dos vueltecitas de circo alrededor del parque, y como siempre con ese aire misterioso y esa ropa distinguida que a mí me encanta en los hombres.

Ahora más perdido que antes, Torres hizo bailar sus ojos entre las dos mujeres, que parecían estarse burlando de él a sus espaldas.

—¿De qué va esto? —cuestionó.

—Bueno, eso depende —alegó Dora—, ¿qué te han dicho?

—Solo que al parecer tenías un enamorado. Nada más.

—Pero, señora —le refunfuño Dora a María—. Cómo se lo cuenta así a este hombre. No ve que le da material para que piense cualquier cosa.

—Oiga —rebatíó amistosamente la portera—, esas fueron sus palabras, no las mías. Usted fue el que le apodó como su *enamorado*.

—Vale, vale —las detuvo Torres, cambiando de mano la bolsa con sus compras (pan y cecina)—. Explíquenme ya este teatro, que de verdad que no le hallo la gracia.

—Te propongo algo —resolvió Dora, agarrando nuevamente su canasta—: sígueme al cuarto de lavado y ahí te contextualizo todo.

Torres lo sopesó y al final accedió, en parte porque llevaba varios días aburrido y en parte porque su curiosidad ya estaba irremediabilmente estimulada.

—Habla pues —le pidió entonces a su amiga, ya en la soledad del lugar.

—Relájate, hombre —le dijo la vecina, solo para calentarle los humos, mientras arrojaba su ropa sucia en el aparato—. Después de todo, deberías estar

agradecido de que no me indigne con ustedes, por andar ventilando mi vida privada.

—Lo sé, pero fuiste tú la que se ofreció a revelarme los detalles —arguyó el comisario, de nuevo con los mocos colgándole—, no puedes ofrecerme algo así, para luego dejarme con las dudas.

—Ja —exclamó la mujer, configurando el tiempo en la lavadora—, no sabía que fueses tan cahuinero, Torres.

Y él a su vez puso una cara avergonzada, bajando su bolsa al suelo para sonarse con fuerza.

—Ya relájate, solo te molesto —le codeó Dora, sonriente—. Pero como dijiste, no es más que una burrada que doña María engrandeció para divertirse un poco.

—¿Cómo así?

—Pasa que recientemente me he fijado en un caballero que en los últimos días ha tomado por costumbre pasearse por el parque y sentarse en un banquillo frente al departamento. Al inicio le presté una atención fortuita, debido a que pese a ser un octogenario, vestía como un anciano de los años cuarenta o treinta, pero con el paso del tiempo, se ha vuelto un placer culposo.

—¿Y por qué lo llamaste tu *enamorado*? —interrogó Torres, descolocado.

—Una estupidez mía —se sinceró la vecina—. Pasa que como siempre acaba su trajín, sentándose en la banca frente al edificio, yo fantaseé con que mira hacia mi ventana.

Y con eso a Elías se le escapó una pequeña risa, que por enésima vez le ocasionó una llovizna de mocos.

—¡Puedes reírte! —pataleó Dora, conservando su buen humor—. Pero, así como tú conversas con esa vieja copucha cada vez que puedes, yo tengo mis propias naderías para pasar el día. Te digo que no es un hombre como los demás y que en su conducta está ese encanto de décadas pasadas.

—Ah, sí. ¿Y cómo es que anda vestido este supuesto caballero eduardiano?

—Con sombrero gris carbón, un abrigo largo marrón, bigotillo levantado y probablemente teñido, bastón con empuñadura de marfil esculpido.

—Vaya, sí que lo tienes estudiado —bromeó Torres, atajándola en plena descripción.

—Bueno, a veces, cuando yo misma he salido al parque, me lo he terciado de cerca. Y admito que no he contenido el impulso de observarlo un rato.

—¿Y qué hace?

—No mucho. Casi siempre contempla las hojas cayendo, a los niños pasear con sus madres o criadas, o incluso a los perros que deambulan por el sector, hasta concluir en la banca, en donde se fuma un cigarro. ¡Es más, a veces siento que aguarda algo! —bufó seria Dora.

—O tal vez solo le gustan las áreas verdes, las criadas y los perros —replicó enseguida Torres, restándole importancia a la percepción de su amiga.

—Lo digo en verdad —insistió ella—. Además, hoy alteró su conducta. Pues se mantuvo sentado en el banco, inmóvil, con las dos manos sobre la empuñadura de su bastón. Una pose que, créelo o no, no destrabó, hasta que dieron las seis. Momento en el que se levantó y se alejó por la calle Castellón, sin haber dirigido la palabra a nadie o sin haber sacado siquiera una cajetilla con cigarrillos. ¿No lo encuentras raro?

—Asumo —musitó Torres, con su tono gutural de enfermo— que en parte es por esto por lo que me has cantado tan fácilmente el asunto, ¿no?

Y con esas palabras ahora fue Dora quien se avergonzó.

—En parte sí —reconoció—. Pero como ya te dije, estoy consciente de que puede ser perfectamente una burrada mía.

—Sí, bueno —la consoló el comisario, agarrando nuevamente su bolsa para irse—. Sea como sea, dado que por ahora estoy atrapado en este edificio, no dejes de mantenerme al tanto si surge algo relevante. No me vendría mal una distracción más, además de los cahuines de María Paula.

Y así, al día siguiente, la señorita Dora volvió a la carga, entregando su informe como toda una detective profesional:

—Lo he observado bien, porque de nuevo se ha quedado tres horas en el mismo banco, en el mismo sitio.